

sino solo el que no escucha.

Aunque en efecto se inclina tanto, ninguno le ve; y aunque estaba sin cortina no le sintieron, porque el se vino á la sordina.

Del Príncipe esclarecido la vista (porque en todo obre) ni al menguado de sentido le dejó por escondido, ni le perdonó por pobre.

Que allí estuviere arrimado yo no llegué á reparar; y aunque alegre le han notado, no me atreveré á afirmar si acaso estaba asomado.

Pero esto no hay que apurarlo porque fuera echar el fallo decir que, con torpes tiznes, para ver plumas de cisnes se aplicó el ojo de gallo.

El defecto de su oído se nos pegó á todos, pues no nos llegó á hacer ruido; sentido el del oír es; pero aquí no fué sentido.

Allí con fuertes antojos por percibir anhelaba los poéticos arrojos, y en su deseo asomaba los oídos por los ojos.

Este, pues, que por blasfemia tiene que prosa se escriba atronando hasta Bohemia, en voz alta y con fe viva dijo: viva la Academia!

Yo espero, mejor que á un tordo á tanto cisne elevado oír, aunque malo y sordo; que, pues discurren delgado, muy bien pueden hablar gordo.

Bien que á su esfera atrevido de Icaro temo el boleo; pues puede, ardiente y lucido, derretir su ardor febeo aún la cera del oído.

Lleno de temor me asomo de que, á pesar de mi afán, me dejen de plaza romo;

porque si hay Domo en Milán aquí hay otro Mayor-domo

Ni ya se podrá lograr de la labor la porfía que al hombre de sustentar si dan, en llevar poesía, las tierras de pan llevar;

Y es razón que el amo entienda para admitir mis excusas que la que, en estéril senda, padece plaga de musas ya no puede ser hacienda.

De mejor sol la influencia que aquí sus luces retira, á la admirable elocuencia que en la Academia se admira la dé mayor excelencia.

Aquí en blandas suspensiones de discretas suavidades, cortosanos Anfiones le cantan serenidades, no le halagan ambiciones.

Fama que al aplauso cobras tus créditos sin quebrantos, respóndeme ¿sin zozobras pueden dejar de ser santos los que hacen tan buenas obras?

Cada ingenio se remonte con tan superior aliento y en el de Belerofonte, palafrén que cruza el viento, para ir al Parnaso monte

Ya vuestro Apolo á honras llenas les da á vuestras coplas alas; y aceptándolas sin penas, aún que ellas nunca son malas, también sabe hacerlas buenas.

Por eso ninguno acusa mirar tanta luz florida en soledad no confusa adonde, como la vida, vienen á buscar la musa.

Vuele con primor constante cada pluma á ser estrella en esfera tan brillante y tan fecunda que, en ella, hasta el Mínimo (1) es gigante.

Don Miguel, que siempre á mano tiene el furor soberano,

con su destreza eminente dicta cálamos corrientes versos de cálamos canos.

Brenes en su aplicación ostenta su ingenio raro; y aclama la admiración por lo profuado y lo claro, al mar-que-es de discreción.

Rojas, aunque estando ausente regala con su armonía como la esfera luciente, y en cualquier obra que envía hace un famoso presente.

Qué peinada allí se exalta diestra pluma, y porque dé sus señas mi voz sin falta es la que admira per-se, y la que vuela Per-alta.

Otra pluma en que se esmera la elegancia allí se advierte que, por valiente y ligera, se ve en ella un monte fuerte junto á una florida Vera.

De tan cultas armonías es uniforme el concierto; y en amenas lozanías siempre cae del acierto la suerte sobre Mathías.

Que aquí aprenderás no dudes

#### De don Pedro de Peralta:

Que yo á la Academia alabe estando en ella! Abrenuncio; eso lo hace quien no sabe; y así á mi aplauso renuncio por la parte que me cabe.

Para esto ella me ha librado de su patria potestad; con que compondré á mi agrado, pues que desde hoy en verdad soy poeta emancipado.

Es posible que, en efecto, por un modo bien exacto, aunque sea un recoleto, he de alabarne *in abstracto* ya que no puedo en concreto.

Que en mi elogio á manos llenas he de tener arte y parte, y que de buenas á buenas

tú, que hoy escribes de gordo, como oficioso te ayudes, y por consejo de un sordo en el oír el ver-mudes.

Seguro el acierto tienes como alguno sustituya en tí el laurel de sus sienas, y como la gracia suya en Bermúdez mude-Brenes.

Vuestra sonora cadencia, diestros músicos, alcanza la fama, y sin competencia solo para la alabanza la atención os diferencia.

Ni ya la envidia cruel podrá oponeros sus iras, viendo que Apolo fiel viene á enramar vuestras lirras con las hojas del laurel.

Voces y plumas aclamen á nuestro excelso marqués, y de su dicha en examen merezcan oír después á su Excelencia un vejamen.

Dijo el sordo, y á su rancho, fortín de horcones y quincha, para poner bien el panchito, con los mendrugos que trinchita se metió de rancho y gancho.

solo con este descarte soy mi Honorio y mi Mecenas!

Ea, pues; que ya comienzo á invocarme; pero aquí me he menester más intenso, y no he inspirarme si no me invoco como pienso.

Ya soy mi influjo y mi amparo... oh! qué bien he de asistirme! que yo no he de serme avaro, según comienzo á sentirme de generoso y de claro.

Oh! tú, Academia divina! junta de Febos que excede á cuanto Apolo ilumina! oh! qué bien, cuando uno puede se enfebea y se endivina!

Ninguno de errar se excusa

(1) Alude al padre Sanz.

de tu alabanza en el arte,  
pues aunque el que más se aguza  
ve juntos al declinarse  
*Templum, Dominus y Musa.*

Pues un mental templo oculto  
ser tu Gabinete afecta,  
donde del asombro el culto  
es imagen muy perfecta  
aun lo que se dice á bulto.

Pues tienes acá en tu polo  
un Febo á quien no hay pinceles,  
que es todo, aun de un lado solo,  
en sus versos y laureles  
de pies á cabeza Apolo.

Con lo que el tuyo ilumina  
es el otro en su carrera  
Apolo de la doctrina,  
tal, que al deletrear la esfera  
aun con las luces no atina.

Pues siempre en tí se verá  
la Helicon mejorada;  
pero no lo sepa allá  
que Aganipe es delicada  
como un vidrio, y saltará

Las Academias nombradas  
de Pórticos y Liceos  
eran unas desdichadas;  
ni se usan ya, son Museos  
de las Letras atacadas.

Ellas supieron de las  
modas de hoy el aire noble,  
ni compusieron (qué más)  
en su vida un eco doble,  
ni un retrógrado jamás?

Mírenlas allí y qué lacias!  
¿tuvieron ellas vestidos  
como los tuyos (qué gracias)  
de equívocos guarnecidos  
todos de paranomasias?

Por ventura, entre las cosas  
de que allá sus hermosuras  
se preciaban jactanciosas,  
tuvieron nunca pinturas  
todas de piedras preciosas?

Y con todos los manejos  
que lograron en sus lances,  
tuvieron, ni en sus festejos,  
redondillas ni romances  
de título en sus cortejos?

Ni pudieron alcanzar  
el que unidas le sirviesen  
las letras, y sin hablar

ni hablar las entudiesen  
solamente en un mirar?

Acaso graciosas Damas,  
en sus días señalados,  
sacaron, entre sus lamas,  
sus mantos todos bordados  
de enigmas y de anagramas?

Si con ellas te careas  
acaso no eres tú á quien  
veneran lindas y feas?  
Tan justas fueron, tan bien  
se glosó de sus ideas?

El aplauso que las gentes  
les dieron, á tus concursos  
no se debe ya excelentes?  
Mejores que sus discursos  
no son siempre tus repentes?

Su fama es una veleta  
que no sabe de la gloria  
la media; es Fama de teta  
que, con toda su memoria,  
es una pobre trompeta.

Mercieron singulares  
un vejamen prodigioso,  
fiesta en que, sin ejemplares,  
se daba á cargas lo hermoso  
y las gracias á millares?

En que lo más admirado  
fué que, en los géneros bellos  
que el esmero hubo notado,  
habiendo mojado en ellos  
ninguno salió picado?

Callen romanos proscenios;  
tú eres la que á todos soplas,  
la que alambicando genios  
sacas esencias de coplas  
y haces extractos de ingenios.

Pues si en tus cúpulas tienes  
evaporando Helicones,  
nos destilas á Hypocrenes,  
por agua de admiraciones  
los Bermúdez y los Brenes.

Donde es Roj is quinta esencia,  
Sanz es elixir divino,  
y en que del sol con licencia  
es Monforte peregrino  
rossoli de Su Excelencia.

Do piedra filosofal,  
Cascante, eres que consigues  
oro hacer cualquier metal,  
á que da ley de Rodríguez  
la fineza sin igual.

De Angles es una tintura  
de rosa que á abrir comienza;  
y en fin donde uno se apura  
tal, que cuando menos piensa  
ya no es él ni su figura.

Bermúdez á un tiempo he hallado  
que es el Arión y es el pez;  
su lira al mundo ha encantado,  
y tan rico en cualquier vez  
es fresco como salado.

Brenes, yo le tengo miedo  
porque es un rayo de Apolo;  
y aun no le alabara un dedo  
si no es gastando en él solo  
una Silva ó un Toledo.

Rojas no cabe en dos salas  
lo que es; pues aun Jove aquí  
un águila es de sus alas,  
de su mente es luz, y así  
llámese Don Juan de Palas.

Sanz! oh! con sus oraciones  
nos lleva al cielo, y no cabe  
aun en las ponderaciones,  
ni hay quien lo Mínimo alabe  
de su espíritu y acciones.

Monforte es muchos conjuntos;  
es Mont dulce y es Mont suave,  
y del Parnaso (oh! qué puntos)  
de Helicón y Pindo sabe  
que es todos los montes juntos.

Cascante, textos hallados  
ni libros ha menester;  
y están todos admirados  
de saber esto, y de ver  
sus versos tan aplicados.

Angles lo que hace es exceso;  
de lo que será da indicio;  
porque, ¿qué será, pues, eso  
que hizo jugando novicio  
cuando componga ex-profeso?

Mas todo esto es chilindrina,  
que somos cosa mayor;  
y no hay nada ni se atina  
que venza á nuestro primor  
desde el Brasil á la China.

Diz que somos maravillas  
hoy del orbe, y á este exceso  
ya en una de estas rodillas  
me siento de jasper un hueso  
y de bronce dos costillas.

Mas si me dan á escoger,  
los pensiles que perfeta

dan la fruta quiero ser,  
por ser el primer poeta  
que ha tenido qué comer.

Milagros es bien se note  
que diz que hace más; y ufano  
brinco al ver (ó soy un zote)  
que resucito y que sano  
sin costarme ni un azóte.

Esto de probar se acaba  
con el milagro eficaz  
de un sordo que á oirnos llegaba,  
y se quedó tas con tas  
tan sordo como se estaba.

El sabía ensordecer  
con tan exquisita moda  
que se hizo á todos temer,  
y llegó á mandar en toda  
oreja de mercader.

En cualquier golpe le vieron  
tan sabio, y en cualquier ruido  
que inmóvil le conocieron,  
y jamás llegó á dar oído  
á cosa que le dijeron.

Con sus orejas cosidas  
pasa, que es sordo de juicio,  
y no oyera él aunque unidas  
tuviera las de Dionisio  
ó le dieran las de Midas.

El es sordo superior,  
y sordo tan giganteo  
que, con su oído, en rigor  
todo repique es ceceo  
y silvo el trueno mayor.

A todas voces mereces  
campar, pues no te sujetas  
sordo feliz, ni te empeces  
de atabales ni trompetas,  
de morteros y almireces.

Este, pues, dejó exaltada  
la junta y digna de bronce,  
pues no hubo otra celebrada  
que oyese; y esto fué entonces,  
que otros días no oye nada.

Mas reparo que mayor  
maravilla y más fiel  
hizo él, y con gran primor  
pues llegó á convertir el  
auditor en mirador.

Mas ya que lo vió contemplo  
que su atención no fué fatua;  
pues mereció, sin ejemplo,  
cada idea allí una estatua

y cada poesía un templo.

Bien pudo el sordo servir  
ver, pues se halló en cada cual  
(que pide eterno buril)  
nervioso lo espiritual,  
y sólido lo sutil.

Hoy el sordo a nuestro altar  
le cuelgue una trompetilla,

De don Jerónimo de Monforte:

De la Academia el primor  
hoy se me manda aplaudir  
con milagro, y en mi error  
que yo lo acierte á decir  
será el milagro mayor.

Trátola pues de elogiar,  
sin que perjuicio me pare  
de ser lego y celebrar,  
que si yo no la alabare  
no lo ha de hacer Escobar.

Parte á todos les alcanza,  
sin que de ser singular  
deje á ninguno esperanza,  
que en este particular  
es ya común la alabanza.

Del que á ser censor anhela  
libres sus aciertos viven;  
porque (aunque más se desvela)  
de las plumas que allí escriben  
la que menos corre vuela.

Con milagros satisfacen  
á los que zaherirlos quieren  
y aún á los sordos complacen,  
que sus virtudes se infieren  
de las buenas obras que hacen.

Con este suceso solo  
bien puedo decir que los  
ingenios (sin que haya dolo)  
son unos siervos de Dios,  
esto es hablando de Apolo.

A superior sutileza  
obediencia y humildad  
guardan por naturaleza,  
y tal cual vez castidad,  
en virtud de su pobreza.

Cuando coronados van  
con el laurel y la palma  
oh! qué envidia que me dan!  
Así estuviera mi alma  
como sus bolsas están.

para que pueda constar  
la singular maravilla  
de hacer oír con un mirar.

Viva y muchos sordos cuente  
la Academia peregrina,  
y desde hoy más refulgente  
se eternice á la sordina,  
que no es buelo de repente.

Si alguna oración empiezan  
en el continuo decoro  
de las Musas, no emperezan  
la asistencia de su coro,  
mas es verdad que no rezan.

Mil maravillas se ven  
del influjo que les sopla;  
pues en ellos, cuando leen,  
un milagro es cada copla...  
y el tener olla también.

Solamente con la fe  
de la Academia poetas,  
de aquellos tullidos que  
escribían con muletas,  
componen ya por su pie.

Cuántos ciegos en sus listas  
tienen que ven sin enojos;  
pues en ella el mal versista,  
aunque empiece dando de ojos,  
luego se pierde de vista.

En Génova, Francia y Roma  
estos prodigios supieron;  
y aunque, con su punto y coma,  
á sordos no lo dijeron,  
cátate un sordo que asoma.

Al que no quiere creer  
tanto portentoso inaudito,  
bien le ha de dar que entender  
este fresco milagrillo  
acabado de poner.

Suspense se advirtió tanto,  
arqueando sendas las cejas,  
que pareciera en el canto  
(á no menear las orejas)  
el sordo de cal y canto.

Si las coplas á venir  
le obligan sin más ni más,  
de aquí se ha de colegir  
que son tan claras, que las  
pueden los sordos oír.

Acción sobrenatural  
fué por virtud de la ciencia  
con atractivo arional,  
porque, en Dios y en mi conciencia,  
era el sordo un animal.

Mas el tal desvanecer  
quiso el caso, con decir  
de la Academia he de ser,  
que aunque no la pueda oír  
es una cosa de ver.

Que por, qué se le condena  
á asunto, cuando venía  
no á escuchar (que es cosa agena)  
sino á ver lo que quería  
ver el marqués de Villena?

De don Matías Angles:

En asunto tan cruel  
será en vano el discurrir,  
pues yo no he de conseguir,  
por más que arañe el papel,  
el hacer á un sordo oír.

Porque acierte en este cuento  
sin deseos te consagro,  
docta Academia, que intento  
mostrarte que ha de hacer ciento  
quien ya tiene hecho un milagro.

Milagro en mí será si hoy  
detengo mis borbotones;  
mas ya con tus intenciones  
algo mejorado voy  
á explicarme á repujones.

De ver tal admiración  
me suspense y me demudo;  
pues haces en conclusión  
que tenga un sordo atención  
y que yo hable, siendo mudo.

Muy metido en su sordera  
un sordo, estaba, señores,  
y en tan penosos rigores  
sin esperanza que hubiera  
para su cura doctores.

Llegaron, pues, primorosas  
las obras de Vuesarcedes  
á su oído, y bulliciosas  
hicieronse dos mil cosas  
y otras tantas de mercedes.

Tan armoniosas fueron  
las voces, que sin embargo

Que allí había con anteojos  
uno de los referidos,  
con sus coplas, en manojos,  
y al que no le daba oídos  
las metía por los ojos.

Que no se le ha de excluir  
por su sordera fatal,  
que en un sordo, el inquirir,  
es el no oír natural,  
mas no el no querer oír.

Esto con fuerza alegaba  
porque al milagro preceda  
la razón con que gritaba,  
y en mis quintillas se queda  
tan sordo como se estaba.

de la distancia pudieron  
tanto, que al punto rompieron  
de su sordera el letargo.

Que el concepto y sutileza  
suene en los cóncavos huecos  
de un sordo, ¡grande extrañeza!  
y que ablanden su torpeza  
al sonido de unos ecos.

De tal efecto ignorando  
el prodigio ó la piedad,  
con toda su voluntad  
á la causa fué buscando  
de tan grande novedad.

Vió, pues, á la Primavera  
de lo discreto, y también  
con sus señas, dijo, que era  
aquella la vez primera  
que pensó se hablaba bien.

Pues sois dijo (con secreto)  
de los milagros que estanco,  
solo falta que, en efecto,  
á éste mi color tan prieto  
ahora me lo volváis blanco.

Yo me persuado á que oía  
pues tanta atención mostraba,  
y cuando inmóvil estaba  
sin duda que él entendía,  
pues que tanto se admiraba.

Oh! Academia, qué discreta  
en los sentidos domina  
tu discreción, pues decreta  
que mejore la sordina

del que era un pobre trompeta.

Ingenios donde florido  
está en la diversidad  
con novedad lo entendido,  
pues á un sordo dais oído,  
dad luz á mi ceguedad.

Permitid más alto vuelo  
para poder admiraros,  
que, si os remontais al cielo,  
mal podré de humilde suelo  
vuestras glorias ponderaros.

Fácil á vuestra agudeza  
le parece lo imposible,  
pues á su delicadeza  
segunda vez la firmeza  
se rindió de lo insensible.

El sanar una dolencia,  
serenar una inquietud,  
son efectos y evidencia  
ó de una profunda ciencia,  
ó de extremada virtud.

Maravillas elocuentes  
hicisteis con ecos dobles,  
manifestando eminentes  
que sois de Apolo lucientes  
legítimos hijos nobles.

Luces de este firmamento  
sois á influjo de aquel sol  
que, en su lúcido arrebol,  
á este hemisferio español  
ilumina en cada acento.

A tí misma tú te alabes  
pues con tus dulces acentos,  
ilustre Academia, sabes  
con melodías sùaves  
susplender montes y vientos.

Que, en tan peligroso intento,  
fuera grave extravagancia  
y muy vano pensamiento,  
elogiar tanto portento  
con voces de mi ignorancia.

Y los que ingenios dichosos  
la componen, sublimados,  
de todo el orbe admirados,  
vivan siempre gloriosos  
de laureles coronados.

Escribid, y en luces bellas  
de conceptos superiores  
deban á vuestros primores  
más resplandor las estrellas,  
más hermosura las flores.

### JUICIO SINTETICO

En esta sesión, libres los ingenios de trabas forzadas, dan expansión á la musa en quintillas abundantes en buen humor y en agudeza. Esta velada la estimamos entre las que no hacen desmerecer á la Academia, si bien reconocemos que, á ratos, emplearon los tertulios la cuchara grande para prodigarse elogios mútuos.

R. P.

### ACTA VIGÉSIMA PRIMA

QUE SE CELEBRÓ, EN EL GABINETE DE SU EXCELENCIA, EL LUNES 24 DE

MARZO DE 1710

CONCURRENTES:

Su Excelencia:

<i>El P. M. Fr. Agustín Sanz</i>	—	<i>Don Pedro Joseph Bermúdez</i>
<i>El licenciado don Miguel Cascante</i>	—	<i>Don Pedro de Peralta</i>
<i>El marqués de Brenes</i>	—	<i>Don Jerónimo de Monforte</i>
<i>Don Juan Manuel de Rojas</i>	—	<i>Don Matías Angles</i>

Dió Su Excia. por asunto de esta Academia, que se discurrese en un soneto, la razón porqué en el Nacimiento de Cristo N. S. se quedó la noche en su oscuridad; y en su muerte, siendo en la mitad del día, se oscureció el sol. La fatal dolencia que minaba ya la vida del virrey, no permitió que la tertulia de esta noche fuese animada.

El Exmo. señor Marqués de Castel-dos-Rius, dió lectura á este soneto:

Nace Cristo de noche, y en la esfera  
no se descubre el sol, cuando el Sol nace.  
Muere Cristo en la cruz; y luego se hace  
noche funesta el día que antes lo era.

Si en el Ocaso el sol no reverbera  
luces, porque en ocaso triste yace,  
¿porqué, en su oriente el sol, no satisface  
luciendo natural su luz primera?

Oh, Misterio divino! oh, Dios amante!  
oh, de justicia Sol! Tan gran presente  
quieres que tenga yo siempre delante,

el lienzo en que pintó mi ser cadente  
el nacer del morir tan semejante...  
tu ocaso original copia tu oriente.